

BIBLIOTECA GENERAL

Ya hemos hablado largamente en otra parte sobre el origen de la arquitectura; y hemos visto que, lo mismo que las demas artes de utilidad positiva y de lujo, se amoldó á la naturaleza de los lugares, al clima y á los materiales. De los subterráneos de la India y de las pesadas construcciones de Egipto, pasó á Grecia á imitar las encinas de Dodona, y adornar las primeras casas fabricadas con éstas, pero mientras la arquitectura anterior pereció ó dejó de producir, la griega revivió en sus propias cenizas, conservada con clásica fidelidad, ó trasformada con nuevas modificaciones. Aunque se hallen vestigios de la bóveda en los edificios de la India y en Egipto en algun antiquísimo monumento helénico, la usaron muy poco los griegos en los mejores tiempos. Esto impedía dar á los edificios una extension mayor de la que permitian los techos rasos de piedra, como ellos los hacian; además, no usando vidrios en las ventanas, no podian introducir en las habitaciones la luz sin lluvia ó aire. Por esta razon eran estrechos los templos; sólo estaban iluminados por intersticios que se dejaban en el friso, y por la gran puerta ó por lámparas, de modo que no ponian gran cuidado en adornar su interior, acumulando en cambio toda la magnificencia en el exterior, cir-

CAPÍTULO XXII

Bellas artes.

El mercado y el teatro, en que entraban todos los ciudadanos, tenian que ser muy capaces, por lo cual se dejaban descubiertos, lo que no era un inconveniente en atencion á la belleza del cielo, y á la costumbre de pasar la vida al aire libre. La constitucion democrática de aquel pueblo impedía que ninguno se distinguiese por habitaciones suntuosas (1); de modo que la ambicion y el amor al arte recaian enteramente sobre las construcciones públicas. De aquí proviene la magnificencia de los edificios que poblaban la Grecia, y que, con tanta variedad en las particularidades, conservaron siempre el carácter original, llamados por unos pureza, y por otros debilidad. Considerábanse como parte principal las columnas, bastante cortas y sólidas para sostener las masas, y tan distantes entre sí como permitia la longitud de una viga ó de una imposta de mármol. Esto impedía aventurarse á formas más

cundándolos con uno ó dos órdenes de columnas, que además de adornar, servian para cubrir á la multitud, que no era admitida en el sagrario.

El mercado y el teatro, en que entraban todos los ciudadanos, tenian que ser muy capaces, por lo cual se dejaban descubiertos, lo que no era un inconveniente en atencion á la belleza del cielo, y á la costumbre de pasar la vida al aire libre. La constitucion democrática de aquel pueblo impedía que ninguno se distinguiese por habitaciones suntuosas (1); de modo que la ambicion y el amor al arte recaian enteramente sobre las construcciones públicas.

De aquí proviene la magnificencia de los edificios que poblaban la Grecia, y que, con tanta variedad en las particularidades, conservaron siempre el carácter original, llamados por unos pureza, y por otros debilidad. Considerábanse como parte principal las columnas, bastante cortas y sólidas para sostener las masas, y tan distantes entre sí como permitia la longitud de una viga ó de una imposta de mármol. Esto impedía aventurarse á formas más

(1) Demóstenes acusa públicamente á Midias por que su casa es más elevada que las demas de Eleusis.



vastas, y así faltó la variedad inagotable que resulta de la curva del arco y de la bóveda.

Roma en sus principios tomó de los artistas nacionales la bóveda, que tiene mucho uso en las ciudades pelásgicas, y se empleó en los maravillosos acueductos y en las cloacas, que bastan para demostrar que la ciudad de los Tarquinos llevaba ya mucho tiempo de existencia.

No tenía ésta tanta riqueza de mármoles como la Grecia, por lo cual construyendo con ladrillo, era más conveniente la bóveda; y el arco llegó á ser el distintivo de la arquitectura romana; progreso importante, porque con éste pueden unirse pilastras y paredes, mucho más distantes que lo que permite un arquivolta de madera ó de piedra, y cubrir vastísimos espacios con techos tan sólidos como fáciles de construir. En todos los puntos en que fabricaron los romanos se encuentran arcos, ya en el fondo de una plaza cuadrada ó alrededor de una circular, trazaron hemiciclos cubiertos de cúpulas abiertas por medio, ó las construyeron enteras con arcos concéntricos, ó á varios arcos pequeños circunscribieron uno mayor, ó los cruzaron en diferentes direcciones; y aun cuando al estilo griego sostuvieron los pórticos con columnas, formando el arco de una á otra, lo cubrieron con un arquivolta fingido. La curva debía ser en todo caso un semicírculo exactamente.

Esto basta para distinguir la arquitectura romana de la griega, y si bien tomó de ésta algunas partes, las convirtió de esenciales que eran en ornamentales. La inflexible recta del arquivolta se avenia mal con el arco tirado desde una pilastra á otra, ni la angulosidad del techo con lo convexo de la cúpula; los triglifos y dentellones perdian su significado si dentro no tenian las vigas, cuya salida ó remate figuraban; pero los romanos, que en nada fueron inventores, no encontraron ningun modo original de adornar convenientemente la archivolta.

Aunque de Grecia vinieron la mayor parte de los artistas á Roma despues de sometida la Etruria, y aunque la imitacion griega aparece ya en el sepulcro de Scipion Barbato del

año 456 de Roma, en el que triglifo dórico está coronado de dentellones jónicos, todavía aquellos arquitectos tuvieron que acomodarse al gusto romano; y si introducian algo del griego, quedaba como pegadizo; y de aquí nacia un género bastardo que agradaba al gusto de un pueblo que, muy léjos de tener el sentimiento de lo bello, dote de los griegos, se contentaba con acumular sin pretender reducir á unidad. Cuando la victoria le proveia de obras insignes de arte, de columnas y de frisos, mandaban á los arquitectos que las acomodasen á los edificios, fuese ó no posible combinar estas partes antiguas con el pensamiento original. La columna, parte primaria de la arquitectura griega, no quedó en Roma más que como un ornamento destinado á interrumpir el muro continuado que debía sostener el peso perpendicular y juntamente la presion oblicua de la bóveda. Pudo, pues, elevarse sobre un pedestal, incómodo para los transeuntes, y que á veces, como en los arcos de triunfo, se elevaba hasta una gran altura entre el entablamento y la base, disminuyendo en figura como en importancia. En vez de servir de apoyo al arquivolta, sostenia lo que ya sostenia la pared; de modo que parecia más bien que sobresalia para dar más solidez, y quedaba á la vista ménos determinada la figura del capitel. Aun en el panteon, la columna está en lo interior de un arco independiente de ella y de la cornisa, de modo que sólo sostiene á ésta, y ésta nada; demostracion clara en su intimidad.

El fronton, que entre los griegos era continuo, presentando la línea recta y el pináculo formado por los extremos del techo, cambia de objeto en la arquitectura romana, y aparece algunas veces debajo de la cornisa ó sobre una puerta, una ventana ó un nicho, así en Balbek está en lo interior de un pórtico. Tambien algunas veces, en lugar de un fronton grande se ponian muchos pequeños, truncados, redondos ó debajo de otros más grandes, como en el Castel dell'Aqua en Roma, en el templo de Diana en Nimes, en el del Sol en Balbek, y en el palacio de Diocleciano en Salona.

Estas y otras variedades introdujeron los



romanos en los dos órdenes; y como el dórico era demasiado severo para modificarse, le usaron raras veces, y dieron este nombre á un orden que carecía de sus rasgos más característicos; en el jónico desapareció la diferencia entre el frente y los lados de la voluta en que consistía principalmente la belleza de su capitel; el corintio se trasformó en el compuesto; el óvalo fué truncado por la parte superior, y los dentellones cortados por la parte inferior; y se mezclaron los órdenes como en el teatro de Marcelo, en que la cornisa jónica se apoya en una columna dórica. Vitrubio se queja de que mientras los griegos no se separaban nunca de lo posible y del pensamiento original de la cabaña de madera, los romanos no quisiesen atenerse á estas pequeñas conveniencias, poniendo en las cornisas inclinadas de sus frontones los dentellones bajo los modillones, y todo ello de capricho.

Tales defectos se advertían en los mejores tiempos, si puede llamarse defecto el apartarse de reglas arbitrarias; pero es preciso confesar que la arquitectura romana con la curva de sus arcos dió mucha variedad á la cabeza de las líneas rectas, de las superficies planas y de las formas angulosas de Grecia. Presto, sin embargo, se inclinó á lo peor, y el arco que Tiberio erigió á su antecesor es ya desproporcionadamente largo, sostenido por pilastras de muro, con dos columnas delgadas, entre las cuales se extendía un fronton mal impostado; el de Trajano de Ancona peca por el defecto contrario, estrechado entre los pilares; además de que sus altísimos basamentos se sobrecargaron de inútiles molduras. Aun da idea de peor sentimiento del arte la puerta de los Borsari en Verona, edificada probablemente en tiempo de Alejandro Severo, con las columnas de estrías torcidas, y redondos y triangulares alternativamente los frontones que coronaban los nichos. En el palacio de Spalatro, el arco nace de la columna sin cornisa; y si pudiera mirarse como un progreso esta supresión de un miembro inútil, es por otra parte defectuoso el colocar la columna sobre modillones en vez de pedestales; y una fila sobre otra sin una línea continuada que indique un entablamento inte-

rior; y cornisas, que en vez de pasar horizontalmente de una á otra columna se encorvan con el friso al rededor de un inmenso arco. Añádese á todo esto los adornos, prodigados sin medida, significacion ni efecto, como se ve también en Palmira, donde la multitud de columnas y de frisos degenera en superfluidad y confusión. Tanto más cuanto que la escultura decayó muy rápidamente, de modo que los gigantescos modillones de mármol que adornan el magnífico templo de la Paz, no aventajan á las obras de los siglos bárbaros; y en tiempo de Constantino había tal escasez de artistas, que tuvieron que derribarse las fábricas antiguas para dar esculturas á las nuevas, y especialmente á Constantinopla, sobre todo cuando aquel emperador pensaba, como Julio II, que los edificios debían surgir ya hechos, no construirse. El arco de triunfo elevado en memoria de sus batallas, es considerado en su conjunto más majestuoso que el de Séptimo Severo; pero los adornos fueron tomados del arco y del foro de Trajano, y se asociaron mal con los contornos que produce la gracia. Carecen de ésta completamente las imágenes del Salvador y de los doce apóstoles, de plata, que hizo colocar en San Juan de Letran, y otras estatuas de su época que existen en el Capitolio, lo mismo que las medallas y monedas. Mandó quitar la cabeza á una estatua de Apolo para reemplazarla con la suya, que fué posteriormente derribada por un rayo en 1100. El arco que se levantó en Tesalónica es más grandioso que el de Roma, y está más cargado de bajo-relieves por todas partes.

La columna erigida á Teodosio el Grande es muy inferior á las de Trajano y Antonio, según podemos colegir de los dibujos de Bellini. El pedestal del obelisco egipcio colocado en el hipódromo de Constantinopla, donde está representado con sus hijos, rodeado de su corte, y en el acto de asistir á los juegos públicos, es una gran prueba de decadencia. Por aquel tiempo se fundieron las puertas de bronce de San Pablo, destruidas hace poco, con figuras y arabescos contorneados de plata; pero su riqueza no basta á disimular la decadencia del arte.



Si la ley que exige á los pintores y á sus familias de los alojamientos militares (1) muestra la solicitud de Constantino, hay otros que atestiguan cuánto se iba perdiendo el culto de lo bello entre el pueblo, pues que fué preciso prohibir que se demolicen los mausoleos, los arcos y las columnas por mero capricho ó por necesidad de edificar (2); y hasta hubo que instituir un magistrado para defender á viva fuerza los monumentos públicos (3).

El arte cristiano, al salir de las catacumbas donde había hecho sus primeros ensayos, pudo fabricar templos y hermosearlos con ornamentos é imágenes. Constantino regaló al papa Silvestre el palacio de Letran para que residiese en él y celebrase las ceremonias del culto; y el pontífice mandó fabricar un baptisterio octágono, consagrado á San Juan Bautista, que dió nombre á la vecina Iglesia, la cual ha experimentado después grandes variaciones; pero todavía el Papa tomó allí posesión de la ciudad y del mundo (*urbis et orbis princeps*). Destruído luego el circo de Neron, Constantino elevó en él una iglesia al príncipe de los apóstoles, como también la de San Pablo, fuera de murallas, y las de San Lorenzo y Santa Ines. Esta última, edificada en un valle sembrado de catacumbas, entre las vías Salaria y Nomentana, fué convertida posteriormente en capilla fúnebre, donde se depositó á Constanza, hija del emperador, en un magnífico sarcófago del pórtico, adornado de alegorías báquicas. Iguales símbolos aparecen en el mosaico del baptisterio redondo que está junto á la iglesia; no porque al principio estuviese consagrado al dios del vino, sino porque los pámpanos y las vendimias eran símbolos cristianos.

De orden del mismo emperador ó de su madre fué edificada una iglesia en el monte de las Olivas, otra en Betlem y otra en el Santo Sepulcro, probablemente por arquitectos que habían visto á San Pablo de Roma; de suerte que la imaginación no se abandonó á los deli-

(1) *De excusatione artificum.*

(2) *Cod. Justin. XII y siguientes de sepul. viol.—Cod. Theod. XI, 17; XVI, 49, XV.*

(3) *Centurio nitentium rerum.* Amm. Marcell. XVI, 6.

rios de los orientales. Constantino construyó algunas en la nueva capital de su imperio, como Santa Sofía, los Santos Apóstoles, Santa Dinamia, Santa Irene, y si creemos á Gregorio de Tours, levantó una magnífica en Auvernia. La rapidez que exigía en las fábricas, fué causa de que todas se desmoronasen á poco, á excepción quizá tan sólo de las iglesias de San Juan y Santa Constanza.

La iglesia dedicada en Roma á Santa Prisca, en el mismo sitio donde se elevaba el palacio de ésta, que había sido bautizada por San Pedro, y era considerada como la primera mártir, tiene alguna semejanza con las catacumbas, pues en ella se encuentran un sepulcro, un altar y una capilla. La de San Clemente, anterior á Teodosio, es uno de los restos más antiguos de aquella arquitectura; conserva la forma ritual en toda su pureza, y está rodeada de un atrio de columnas con un pronao; dentro tiene tres naves; la del medio con treinta y cuatro piés de elevación, la de la derecha con trece, y la de la izquierda con diez y ocho (anomalía no rara); conduce á la tribuna una ancha escalera, debajo de la cual se halla la confesión con las reliquias; San Silvestre, San Hermes y San Martín de los Montes en Roma fueron también construidos sobre oratorios subterráneos.

Gala Placidia, hija de Teodosio, quiso que la iglesia de San Nazario y San Celso, en Ravena, imitase á los hipogeos, y mandó preparar sepulcros para ella, para su hermano Honorio, para su esposo Constancio y para su hijo Valentiniano III.

Uno de los primeros templos paganos transformados en iglesia, fué San Urbano, fuera de la puerta Capena, más arriba de la fuente de Egeria, todo de ladrillo, con un pórtico de cuatro hermosas columnas. A Leon el Grande se atribuye el de San Pedro Advíncula; pero no sabemos de dónde tomó aquellas columnas de orden dórico, mucho más elevadas que las de Presto, y que llegan con el capitel á casi ocho veces su diámetro.

El emperador Constantino y sus primeros sucesores no destruyeron los templos paganos, ni mudaron su destino; y sólo después de ha-



ber asegurado Teodosio el triunfo del cristianismo, fué necesario levantar templos en todas partes, pues que había tantos fieles como ciudadanos. Sin embargo, los templos de los dioses eran pequeños, según hemos dicho en otro lugar, no estando destinados para contener la multitud, sino únicamente para el cumplimiento de las ceremonias, y su número se había aumentado en Roma por la afluencia de adoradores de tantas divinidades, si bien no habían llegado á ser más espaciosos.

Mal podían, pues, convertirse en iglesias cristianas, donde el pueblo entero se congregaba, á fin de tomar parte en la oración y sacrificio, ó para oír las verdades de la fe y de los preceptos de la moral. Ya se necesitaba de más anchas naves, de suerte que se creyó conveniente dedicar las basílicas al nuevo culto.

El lector recordará que éstas eran unos recintos cubiertos, donde se reunían los mercaderes para tratar de sus negocios, los oradores para discutir y los jueces para dictar sus sentencias; Plinio contaba diez y ocho en Roma (1). Al paso que los templos en su mayor parte se hallaban rodeados exteriormente de columnatas, parece que las basílicas no presentaban sino paredes desnudas en forma cuadrilonga, y estaban divididas en tres naves por dos hileras de columnas que iban á parar á un semicírculo, elevado sobre algunas gradas, y cubierto con un hemicírculo á modo de nicho, que se llama en griego *absis*, y en latín *tribunal*, de donde proviene cabalmente el nombre de nuestros tribunales, pues que allí tenía asiento el magistrado, al que rodeaban los jueces, ocupando el frente los abogados. En los gabinetes contiguos estaban los escribanos ú otros funcionarios, que resolvían ó conciliaban las diferencias suscitadas entre comerciantes: algunos tenían balcones ó tribunas para comodidad de los espectadores.

Nada podía convenir mejor á las reuniones de los cristianos, tanto por la capacidad como por la distribución, colocándose el altar en medio del tribunal, en la cátedra del magistrado el obispo, en torno de éste el clero, y en

(1) *Hist., nat.* VI, 33.

lo demás del edificio los fieles, según el orden siguiente: los hombres al Mediodía, las mujeres al Norte, los catecúmenos en el medio, y en las tribunas las viudas y las vírgenes devotas. Dicese que la primera basílica dedicada al culto cristiano fué en Roma la Porcia, llamada así á causa de L. Porcio, cónsul el año 564 de la fundación de Roma; y hay quien pretende que sirvió de modelo á las iglesias, que tomaron de ella hasta el nombre.

Mientras que el papa Liberio, en unión de un senador romano, formaba el proyecto de Santa María la Mayor en Roma, cayó nieve á la mitad del mes de Agosto, y un ángel trazó sobre ella el plano del edificio. Esta leyenda prueba que se atribuía á la figura de los templos un origen superior al capricho del artista. En efecto, todo parece haber sido ritual en las construcciones cristianas, como antiguamente el templo hebreo; y las primeras iglesias se formaron por el modelo de éste, leyéndose en las Constituciones apostólicas, obra del siglo IV, que San Pedro quiso que las iglesias se pareciesen á una nave, con dos pastoforias ó sacristías á la extremidad, en medio de las cuales se sentaban el obispo y los sacerdotes, permaneciendo en pie los diáconos vestidos ligeramente, á modo de marineros dispuestos á bogar; cuidando de que los legos estuviesen colocados en buen orden, las mujeres separadas de los hombres, y que escuchasen en silencio las lecturas y la explicación del obispo, que representaba al piloto. En el lado por donde entraban los hombres había porteros, y en el destinado á las mujeres, sacerdotisas.

Cuando los cristianos tenían la elección del sitio, construían las iglesias en las alturas, dos veces más largas que anchas, con la cabecera hacia el Oriente y los pies á Occidente, símbolo del progreso católico, que alejándose de la inmovilidad oriental, se encaminaba al libre desarrollo; pero ningún rito les obligaba á fabricarlas de esta manera.

Primeramente se encontraban el atrio ó parrasio, pórtico de columnas (1), tan ancho como

(1) Aún se ve en Roma, en San Lorenzo, en San Jorge de Velabro, en Santa María de Transivera, y



la iglesia, y que, cuando se abandonaron las catacumbas, se convirtió en el lugar de reposo de los muertos, colocados allí con la cabeza vuelta hacia Levante, esperando la resurrección. Los ricos podían obtener sepulcros separados en aquel mismo sitio, pero los obispos eran sepultados en las naves. La familia imperial lo era bajo el umbral sagrado, por lo que decía San Juan Crisóstomo que los reyes se habían transformado en porteros de los pescadores. A veces el atrio formaba un patio cuadrado, como el que se ve delante del templo del Sol en Balbek y en la capilla de Isis en Pompeya, y como existe en muchas iglesias cristianas (1).

El templo pagano carecía de ventanas, lo mismo que las casas, y recibía la luz por las puertas ó por una abertura en el techo ó por medio de lámparas; tanto, que el grupo más notable de la antigüedad fué hallado en un aposento de los baños de Tito, adornado de mármoles preciosos, pero donde no entraba la luz del día. En los templos cristianos se construyeron ventanas redondas y abovedadas, que transmitían una luz, templada por vidrios que representaban al pueblo historias del Antiguo ó del Nuevo Testamento.

En lo exterior no se veían columnas, ni molduras, ni soportal alguno, á excepción del techo, sino paredes desnudas, cuya sencillez y armonía daban al edificio cierto aire de majestad.

La iglesia estaba dividida en tres zonas: en la primera (*narthex, ferula, pronaos*) inmediata á la puerta, tomaban asiento los penitentes no excomulgados, y los catecúmenos que oían el Evangelio sin poder asistir al sacrificio. La segunda (*nave, naos*) recibía á los iniciados, y estaba separada de la primera por un muro transversal de tres puertas; la de la derecha ser-

lago modificado en San Juan de Letran, en Santa María la Mayor, etc.

(1) San Clemente, los cuatro santos coronados, San Lorenzo, en Roma; San Apolinar y San Juan de la Sagra in Classi en Rávena; la catedral de Parenzo, en Istria; San Ambrosio de Milan.... Esta última, San Cenon de Verona y Santa María de Torcello, son las iglesias de la Italia superior, que conservan más analogía con la antigua basílica.

via para los hombres, la de la izquierda para las mujeres, y la del centro para las procesiones.

En la nave del centro, más elevada ó más baja, destinada á las ceremonias religiosas, se colocaban los levitas y los tres coros cantantes al rededor de los tres ambones, uno de los cuales servía para la orquesta, otro para la epístola, y el tercero para el Evangelio. La lectura de éste, así como la de los cantos de los obispos, era privilegio de los diáconos. Delante de los ambones, frecuentemente de piedra, octágonos ó cuadrados (1), con mosaicos y esculturas, estaba la columna del cirio pascual.

La silla del obispo, detrás del altar, ocupaba el centro del ábside, que se llamaba presbiterio, y cuya bóveda era dorada. Al lado se hallaban los pastóforos. Esta cátedra estaba tres gradas más alta que los asientos de los sacerdotes mayores; de modo que el obispo podía dominar con la vista por encima del altar á la multitud allí congregada. A la extremidad de las naves menores se hallaban el *senatorium* y el *matroneum* para los patricios y las damas.

La tercera zona era el sagrario (*cella, hieration*), separado del resto del templo por un arco triunfal. Subíase á él por tres escalones sobre los cuales caía el velo pintado, y no era permitido penetrar allí más que al sacerdote. Debajo estaba la confesión, cripta de los huesos de los mártires, en la que se apoyaba el altar único, consagrado al Dios también único. Encima estaba suspendida la paloma de la Eucaristía, y al rededor se veían lámparas de diferentes figuras, adheridas al baldaquino en forma de triángulo griego, sustentado por cuatro columnas y llamado sagrario.

En la forma general se introducían muchas variedades particulares. Nos queda la descripción de la iglesia de Tiro, derribada como todas las demás en tiempo de Diocleciano, y que los habitantes de aquella ciudad quisieron reedificar después del reinado de Constantino, en el mismo lugar donde tuvo asiento aunque más espaciosa y adornada. Hallábase rodeado el

(1) Para el de San Ambrosio de Milan sirvieron dos arcos funerarios, sobrepuestas la una á la otra.